

PQ 3397

A 863
0

03
P4

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL PELIGRO

I

Tenía Tecla la cara bonita, los ojos grandes, la boca chica, la piel blanca, el talle fino; pero, á pesar de todas estas perfecciones visibles y de otras que se adivinaban, no era Tecla atractiva, ni siquiera simpática... Pregúntenselo ustedes á don Benigno Landín, el maestro español castizo é intransigente, que en la fábrica de galletas y pastas para sopa de Paolo Fiorelli, aprovechaba, llevando los libros, las horas que le concedía la enseñanza del castellano, de literatura y aritmética en colegios y casas particulares.

Hay muy pocas noticias de estos Fiorellis italianos, trasplantados á la Argentina

y radicados en Buenos Aires. Muy pocas (1). Que el abuelo, el gordo D. Tomasso, estableció la primitiva fideería en la calle de Charcas, donde hoy existe el palacio de la rama millonaria, y de este tronco salieron Margarita, mujer de ministro, y las hijas de Margarita, mariposas de los más aristocráticos salones. Que otras ramas hubiera, no se sabía, y en callarlo se empeñaba la familia de la calle de Charcas, tanto que entre la calle de Charcas y la de Centro-América, asiento de la nueva fideería, no había comunicación de parentesco, ni de simple conocimiento; pero, eran parientes, y muy cercanos, sí, señor, aunque el orgullo se oponga, como que D. Paolo era hijo del único sobrino de D. Tomasso, y de Monferrato procedía, como D. Tomasso; se llamaba Paolo, como el sobrino único, y se apellidaba Fiorelli, y tenía los ojos azules, el pelo rubio dorado y la blancura sonrosada de todos ellos, lo mis-

(1) *Promisión.*

mo que la mano apelmazada y corta, distintivo de los soberbios de la calle de Charcas, heredada de la ordinaria D.^a Rosina, la abuela fundadora.

Pero, no lo reconocían, ni lo reconocieron jamás éstos, desde el día que la voz de la sangre, por boca de un jovenzuelo inmigrante, llamó á sus puertas de tallado y barnizado cedro, con las que le dieron en las propias narices; no faltando quien asegura, que al portazo precedieron desafueros de la escoba del criado gallego. Lo cierto es que D. Paolo, en el verdor entonces de sus veinte años, hubo de campañárselas solito y sin ayuda de nadie, y sabe Dios á costa de qué sudores y fatigas consiguió poner la primera fideería, modestita, allá por el Once, recordando que el fabricar pastas sirvió á sus parientes para hacer fortuna, acaso poseedor del secreto y privilegio de los Fiorellis de prepararlas exquisitas. Sabe Dios también qué tumbos dieron la fábrica y el fabricante, y cuántos años pasaron hasta la instalación definitiva

en el amplio edificio de la calle de Centro-América, levantado de nueva planta, todo de bonito ladrillo colorado, con patios, talleres, sótanos, hornos, oficinas y un piso entero sobre el Mediodía para la familia del patrón, que, en esta etapa de su tesonuda carrera, punto y hora de presentarse cortésmente ante los lectores en el escenario de su fábrica, ofreciéndoles la rica galletita *Tecla*, de fama continental, mostraba más plata que oro en su cabellera y más arrugas que buena salud en su cara simpática, y más tristeza de vencido que satisfacción de vencedor.

¡La familiar! Lo raro era que de esta familia los empleados más antiguos nunca supieron palabra. Que tenía un hermano bastante menor que él, Hugo, muy guapo, el cual vino de Italia precisamente cuando se inauguró la nueva fábrica, eso sí lo sabían; pero, que fuera casado el patrón, no. Jamás vieron á Tecla en el Once, ni á Parmenia, su hermana, ni á su madre misia Gorgonia, ni al gandul del sobrino, Mar-

quitos, un muchachón lleno de vicios, al que se colocó de preferencia en la oficina de D. Benigno, á las órdenes inmediatas de este quisquilloso personaje. Asombro de todos fué, por consiguiente, ver que sentaba allí sus reales la improvisada familia de D. Paolo, mujer, cuñada, suegra y sobrino, tomando posesión del piso alto con desahogo extraordinario.

Para esta toma de posesión no hubo solemnidad ninguna, como parecía natural si habían de matarse en flor los comentarios. Todo lo más, á los ocho días, cuando echaban chispas las bocas y los hornos de la fábrica, bajó el abatido Fiorelli en compañía de Tecla y toda su parentela, y con pretexto de visita y curioso, fué presentándola á sus empleados:

—Mi mujer... Mi suegra... Mi cuñada... Mi sobrino.

Estaba el patrón más triste ese día, y hablaba como forzado ó encogido. Ellas, las jóvenes, elegantes, bonitas como dos pintadas y lustrosas manzanas, cuidaban

de no mancharse los vestidos y saludaban con imperceptibles cabezaditas; la vieja, flaca y avellanada, husmeaba el sabroso olorcillo de las pastas y se entretenía en pellizcar todas las que alcanzaba con sus dedos de amarilla porreta. Marquitos, fumaba entretanto, mirando con desprecio cuanto allí representaba la inmensa labor del hombre que, andando delante, decíales con aire fatigado:

—Aquí se prepara la pasta... Aquél es el secadero de los fideos... El embalaje de las galletas se hace en esta sala... Por aquella escalera se baja á los hornos...

Terminada la visita, salieron todos y no volvieron á parecer más las damas; pero, los comentarios no se acallaron; al contrario, sobre ellos sopló para avivarlos D. Benigno, que, irguiendo el cuello de gruesas venas, disparó por el portillo de su boca maldiciente:

—¿Saben ustedes? Me huelen á trapisonada, la mayor sobre todo. El *veni, ché* de la vieja se me ha quedado atascado en la gar-

ganta... Nos vamos á divertir. Por mi parte, de las dos Teclas prefiero la galleta, dulce y sabrosa más que la fruta de que habla el poeta, porque á esta Tecla de carne cualquiera la tecelea... Digo, me lo figuro.

Acostumbrados á las malignidades de D. Benigno, por talleres y oficinas corría la risa como alegre arroyuelo. Allí estaban los más antiguos, los obreros que con don Paolo fundaron la primera fábrica; el criollo Matías, Francesco el genovés, el romano Stella, el oriental Pelitos, y ninguno, palabra de honor, ninguno recordaba... La encarnación patente y súbita de la popular galletita los dejó turulatos. Porque nunca el patrón... ¡Era más serio! Ni aun de joven se reía, y la tristeza de ahora no había hecho más que aumentar y dominarlo por completo, porque siempre fué triste, tan triste como serio. ¿Las fatigas del trabajo? ¿La nostalgia de su país? ¿El despego de los otros Fiorellis? ¿Alguna oculta enfermedad? ¡Vaya usted á saber!

D. Benigno recorría oficinas y talleres

con una caja de latón vacía, en cuya pintada cubierta aparecía el retrato de la Tecla que daba su nombre á la golosina, y vociferaba:

—Es la misma. Miren ustedes. Si está hablando...

Matías, Francesco, Stella y Pelitos y todos, hasta el grupo de obreras embaladoras, certificaron que sí, que la galleta y la mujer eran una misma cosa ó una misma Tecla. Luego...

Puso el maestro el dedo sobre su calva frente, y meditó. También meditaron los más viejos. Los demás esperaban, mirando. Luego... llevaba siete años de lío, porque siete años hacía que la *Tecla* fué lanzada al mercado. Justo, siete años. Nada, nada, que el patrón se la había pegado á ellos, los había *fumado*, según la expresión de Pelitos, que dejó amarillo á D. Benigno.

Y el alegre arroyuelo siguió corriendo, hasta que se agotó el tema y la normalidad reinó soberana. Como la malicia tuvo más grande parte que la benevolencia en la

apreciación del hecho, agua sobre brasas fué la actitud del recién llegado Hugo, el hermano, á quien se vió departir con la señora Tecla, y reir con la señorita Parmenia, y bromear con misia Gorgonia, y salir de paseo con Marquitos. Es decir, que Hugo aceptaba de buen grado la situación, y cuando la aceptaba... Callad, pues, murmuradores, y cese el portillo de D. Benigno de fluir manso y envenenado hilo de perversos comentarios!

La paz se hizo en la nueva fábrica, y brazos y máquinas continuaron trabajando á porfía. Todavía no habían germinado en nuestra tierra las ideas de solidaridad que hoy trae revueltos á obreros y patronos, y de la santa Huelga no se conocía ni el nombre; así, todos cuantos bajo la dirección de D. Paolo trabajaban eran gente tranquila, sumisa, contentos del hoy, confiados en el mañana, que representaba aquel hombre taciturno, envejecido por secreto torcedor, bueno y justo, sin embargo, como un padre.

La paz reinó, pues, abajo y arriba. Arriba, la familia intrusa, repartida equitativamente en las hermosas habitaciones del patio principal, hacía vida muy retirada. Alguna vez sonaba el piano de Parmenia; los visillos estaban siempre caídos, para evitar el figoneo de los obreros, y las entradas y salidas eran pocas, muy pocas. Diríase que ponían empeño en que no los vieran. La misma Parmenia que, como más joven, debía de ser la más alegre, parecía nada risueña; tenía jazmines en sus balcones, y los dejaba secar... La sombra de don Paolo, como árbol arrimado á una tapia, entristecía el espacio cubierto por sus ramas, y cerraba el paso á todo rayo de alegría.

Decía Pelitos... Pero, ¿á qué repetir lo que decía Pelitos, invención, sin duda, de su mal satisfecha curiosidad, si en el principal de la fábrica, como en toda ella, tenemos la puerta franca, y podemos entrar á la hora que nos sea más cómoda, y meternos donde nadie nos llama, y averiguar

lo que menos nos importa, que es lo que hace media humanidad á diario? Ea, ánimo ustedes y vengan conmigo. Aunque no lo confiesen, ya están muriéndose de ganas de subir para enterarse del por qué deja Parmenia secar sus jazmines, por qué anda siempre triste el D. Paolo, en qué trapisondas se mezclan el recién llegado Hugo y Marquitos, y qué líos traen entre manos Tecla y misia Gorgonia.

Mucho querer es averiguar todo esto. Casi estoy seguro que en una sola visita no averiguaremos de la misa la media. De todos modos, vengan ustedes conmigo...

Es la hora matutina en que baja Fiorrelli á su despacho. Seguramente vamos á tropezarle en la escalera. ¿En la escalera dijiste? Pues ya le tienen ustedes. Baja despacio, fatigosamente, cual si viniera cargado con un gran peso; la carga no se ve, pero se adivina en la corvatura de las espaldas, en la contracción del gesto. Sin duda lleva encima la fábrica de galletas y el familión de añadidura, mucho peso, de-

masiado peso para un hombre solo, excesivo, abrumador, insoportable para quien, como Paolo Fiorelli, ya no es joven y se cuida poco de atajar la invasora vejez, cuya helada mano siente en el cuerpo y en el alma. Baja despacio y se detiene á veces. Es que ha oído la comprimida disputa de Tecla y de Parmenia, que aprovechan de su ausencia para tirarse del moño; ó el resoplar de misia Gorgonia en los pasillos, mascando siempre, siempre voraz, gimnasia de quijadas en que no cesa ni dormida.

Si esto es lo que oye Fiorelli, le veréis contraer más el gesto, echar hacia arriba una mirada que, no hay duda, es de ira, de ira domada, y que pugna por estallar. Pero, si lo que se escucha son gorjeos juveniles, sonoras interjecciones en el dulce dialecto de la aldea italiana, ¡ay, tan olvidadas! entonces en sus labios pálidos jugará una sonrisa... La voz de Hugo, del amado *fratello*, pedazo de su alma que, al fin, pudo traer de tan lejos, venciendo escrúpulos y cavilaciones, heredero suyo

incontestable, más que hermano, hijo, ya que otros no tenía.

Y borrada la sonrisa bajo el lacio y canoso bigote, irá á los talleres, inspeccionará el punto de la pasta, la limpieza de los moldes, el aspecto de los secaderos, el orden del embalaje; interrogará á Pelitos y á Matías y á Francesco y á Stella, y entrando en el alegre despacho, tocará ligeramente la visera de su gorra de seda negra, y dirá cortésmente:

—Buenos y felices días, Sr. Landín.

Sigamos subiendo, mientras él cambia palabras de afecto con el digno burgalés, y asomemos la nariz, nada más que la nariz... ¡Jesús! Cerremos los ojos ó la puerta, los ojos más bien; que si tocamos á la puerta, el ruido espantará á la caza. Porque ¡figúrense ustedes! la flaca misia Gorgonia anda en paños menores ó poco más: en enaguas, con una pañoleta que deja el pellejo de los brazos expuesto á la vergüenza; coronada de cuernecillos de papel la frente, va y viene en busca de no sé qué,

soltando entre mordisco y mordisco palabras muy feas; pero muy feas... Las habitaciones, puestas de nuevo, con lujo de relumbrón, se hallan en revolucionario desorden; las ropas, arrastrando por los muebles, revueltas con el perro de Tecla y la gata de Parmenia y la cotorra de misia Gorgonia; el polvo, dueño y señor del recinto, blanquea todo, se amontona en capas espesas, nevada del desaliño y de la suciedad, flotando complicado tufillo de esencias y humanas emanaciones, que al aire de fuera, si entrar le dejaran, costaría-le mucho barrer.

Y allá en el fondo, en sendas mecedoras, en enaguas, como misia Gorgonia, las dos perezosas criollas, Tecla y Parmenia, chupeteando el mate que la descalza china las presenta alternativamente; lánguidas las dos, ambas doloridas, sin ánimos para nada, sin humor nada más que para estar así echadas y así servidas hasta el fin de su descansada vida...

Cerremos, cerremos los ojos y la puer-

ta y dejemos la visita para otro día, que, por las trazas, á esta hora las señoritas no reciben. No por ello dejaremos de averiguar lo que tanto nos interesa. Verán ustedes.

Supongo que habrán oído hablar de las Ulrrias. ¡Hombre! ¿no? ¿De Concepción Ulrria tampoco, la tiple argentina del género chico? ¡Ah! De Concepción Ulrria, sí. Pues, acerca de estas Ulrrias tengo, entre los documentos que para escribir esta verídica historia he recogido, un volante que dice: «Tertulia de misia Gorgonia Ulrria...» Y á renglón seguido una caterva de nombres conocidos en la aristocracia, en la política y en las letras: Eneene, Trujillo, Salgado, el general Ordenado, Esteven, Rómulo Pares, Gabinito Asnabal, Jorgito Cadenas, Buenaventura Luces... la mar, viejos y jóvenes. Y sobre todo, muchos doctores.

Cualquiera de ellos, al escuchar el nombre de Ulrria, guiñará el ojo picarescamente. Y recordará la casa de misia Gorgonia, aquel salón de yute rojo y pino pintado, donde durante más de veinte años la

galantería de tapadillo tuvo fervoroso culto, culto honestísimo, en el que la moral no encontraba de qué sonrojarse, pues no se hacía otra cosa, ni la rigidez de principios de la dignísima dueña de casa consentía otra cosa, que charlar, jugar á las prendas, tomar un refresquito y bailar una polka ó un vals al son del piano del negro Teodomiro. Salón casi rival del famoso de Tejera, aunque las damas eran dudosas todas; pero los caballeros, lo más granado y escogido. Allí no se entraba sin previa presentación personal ó por tarjeta. En esto, como en lo otro, misia Gorgonia era muy rígida. Que no le fueran á ella con bromitas, ni con desvergüenzas... El aire con que presidía las reuniones, erguida en el sofá principal, era afectadamente señorial; su moreno escote, en el que fraternizaban las perlas y los brillantes falsos, parecía muestrario de su hermosura pasada; hablaba con mucho remilgo y dengueo pegajoso, y atendía á sus tertulianos del más exquisito modo con que gran dama pueda

atender en la sociedad más alta. Hasta el gesto con que rechazaba el estipendio, que cada cual aportaba para gastos de la fiesta, cuando por torpeza á ella se enderezaba, era delicadísimo:

—A Teodomiro... Yo no me entiendo de eso... A Teodomiro.

¿Era casada ó viuda? Ella decía que viuda, de un coronel. Lo cierto es que al tal coronel Ulrria nadie lo vió jamás, y creo que nunca haya figurado en el escalafón. Pero, casada, viuda ó soltera, tenía tres hijas y una sobrina como cuatro soles: Trinidad, la sobrina, Concepción, Tecla y Parmenia, las cuales y en turno de edad iluminaron el salón con la luz de su hermosura, y fueron cebo de peces grandes y chicos; las cuatro tan distintas entre sí, que cada una representaba un tipo de belleza acabado: rubia, de ojos celestes, Trinidad; también rubia, pero con los ojos negros, Concepción; blanca de color y cabellos negrísimos, Tecla, y Parmenia, morena de piel y de pelo.

A Trinidad, la pobrecita, la pasó un percance atroz... Acaso misia Gorgonia no miró por ella como por sus hijas, ó era ella más débil que las otras. Pues, de resultas de aquel percance vino al mundo Marquitos, y los tertulianos de la digna señora recordarán el sofoco, la indignación que ésta tuvo, y cómo se dió á buscar al culpable, para escarmentarle en el bolsillo, que es donde duelen todas las culpas. Recordarán también que, como hallarle, no lo halló, pero sí el medio de endilgarle el chico al más rico, D. Gabino Asnabal, á quien molió á sablazos, y después de muerto clavó en la picota, suscitando el pleito de filiación natural más escandaloso que se ha visto. Desgraciadamente, en estas y las otras, murió Trinidad y se perdió el pleito, quedando la Ulrria condenada á pagar las costas de Marquitos, que ya eran costas.

En este centro equívoco cayó, como del cielo, el italiano Fiorelli, en un cuarto de hora de desaliento, de fatiga moral, de ansia de hacer un paréntesis en la abru-

madora labor diaria. Lo llevó allí su sino, y hombre maduro y reservado, de retraída vida, que prueba el sabor de una calaverada, se entregó como un muchacho bajo el poder de misia Gorgonia y en manos de la guapísima Tecla, que era entonces la que estaba de tanda, porque Concepción, protegida del gran Trujillo, habíase dedicado al arte escénico y desertado del salón, con gran dolor de sus admiradores.

Olía á dinero el nombre de Fiorelli, clásico perfume. Era, además, Fiorelli simpático, fino y de muy buena presencia, incapaz de defender su corazón y su bolsa de blancas manos, las que, si ofender no pueden, despojar saben á maravilla. No se necesitaba más para que la madre y la hija hicieran de su voluntad lo que él hacía con la pasta de su fábrica: moldearla á capricho. Tan caprichosamente, que, á poco andar, convirtiósese en el tertuliano más asiduo del salón de Ulrria; no quiso sufrir luego competidores cerca de Tecla, y antes del mes proponía muy seriamente á misia Gorgo-

nia cargar él solo con un fardo que imaginaba más leve que una pluma.

¡Y poco bien que la supo á misia Gorgonia la propuesta! Ella, que se moría por los dulces y las golosinas, estaba encantada con aquel hombre tan amable, que no olvidaba cada noche de traerla el kilo de pastas; ¿qué digo un kilo?, cuantos fueran precisos para el refresco, lo que evitaba un gasto más. ¿Y qué decir del día que trajo la primera muestra de la nueva galletita, la *Tecla*, la famosa *Tecla*, una delicia para el té, con su gustillo delicadísimo de azahar? Misia Gorgonia se dormía pensando en la fábrica de Fiorelli, y soñaba que, dueña absoluta de la fideería, mascaba, mascaba mucho, galletas de toda laya, pastas de todo género, y se despertaba mascando, mascando...

Asimismo, la propuesta hubo de discutirse duro y parejo, con toda claridad. Indudablemente, Fiorelli convenía para el caso: un borrego de manso y callado y nada celoso. Pero Fiorelli quería llevarse

á Tecla, y Tecla era el atractivo mayor del salón de Ulrria. ¿Qué iba á hacer misia Gorgonia sin Tecla, cuando Parmenia andaba en los quince años entonces y no podía reemplazarla? ¡Ah, no! ¡Bonito negocio!

—No, no, Fiorelli—decía la dama entre bizcocho y bizcocho;—así, no... Busque usted otra fórmula de arreglo, cualquiera; busque usted, busque usted.

La defendió, como defendió á Concepción del doctor Trujillo, y no encontrando el italiano fórmula más sencilla que alzarse con la muchacha y salir por pies, la encontró ella la fórmula, la misma que el ilustre político rechazó en su oportunidad, y que consistía, nada más, que en lo siguiente: suprimir la tertulia, cerrar el salón y aceptar como amo único al señor Fiorelli, quien, de la noche á la mañana, se veía rodeado de una familia cariñosísima, que á fuerza de mimo haríale olvidar sus tristezas de solterón.

Así como en medio de una tempestad,

á la luz del relámpago, se descubriría la negra boca de una caverna, y vueltas las sombras desaparecería caverna y todo, en un abrir y cerrar de ojos columbró D. Paolo la sima del peligro... y luego, nada.

Se suprimió la tertulia, se cerró el salón y se hizo cuanto misia Gorgonia dispuso. La fábrica del Once era mezquina, y no consentía la instalación de una familia tan numerosa, por lo cual se quedaron en la misma casa; pero se renovó todo el menaje y se taparon muchas goteras de que sólo la Ulrria tenía noticia, viejos goterones que se creía no poder tapar nunca. En los roperos, que huérfanos estaban de lo que pide, no ya el lujo, sino cada estación, y en la vacía despensa, entró la abundancia, como entra el agua en el dique reseco.

¡Jesús, y lo que se gastó, y lo que salió del italiano bolsillo, abierto por la decidida mano de misia Gorgonia! Porque en una casa todo, todo hace falta; que esto, que lo otro, y no se pára de sacar cuartos. Cumplida la parte material, pensó la señora en

la moral: en que había que dar educación á Parmenia y á Marquitos. La misma Tecla era una perfecta borrica: no sabía leer sin pronunciar las palabras, y estaba á matar con las haches.

Había que tomar maestros, y se tomaron de primaria, y luego de humanidades y de piano, el piano para Parmenia, la segunda enseñanza para Marquitos, que quería ser abogado. D. Paolo pagaba todo, en silencio; soltaba el dinero como un grifo el chorro, automáticamente, sin sentirlo; enamoradoísimo de Tecla, se dejaba esquilmarse tan á gusto, como el borrego déjase cortar el vellón, y hasta le parecía que no pagaba muy caro el dulce derecho de llamarla suya.

No en vano misia Gorgonia había ejercido aquel oficio de discretos, «necesarísimo en república bien ordenada», porque así que tuvo á Tecla colocada de modo tan brillante y seguro (el carácter de D. Paolo era la mayor garantía de duración, y esta clase de caracteres la conocía ella muy

bien); así que tuvo, repito, á Tecla en buenas manos, pensó, madre amorosa, en Parmenia, en el porvenir de aquella niña cuya morena belleza causó asombro en su paso fugaz por el salón de Ulrria, y que se anunciaba más lucrativo aún que el de sus hermanas mayores. Para Parmenia quería misia Gorgonia un pez gordo, de los más gordos, y como no tenía ya salón donde exponerla, imaginó que escaparate mejor que el de una abierta carretela, arrastrada por dos hermosos trotones, no podía haberlo, y á Fiorelli, naturalmente, fué con la embajada.

—Ya ve usted, Fiorelli: la niña se me está poniendo amarilla á fuerza de estudio, y necesita un paseíto todas las tardes.

Y sacó el coche, como todo lo demás; que no semejaba el familión hambriento, sino una bandada de voraces buitres. Afortunadamente, la fabricación de galletas y pastas para sopa subvenía á necesidades y excesos, y el negocio marchaba de lo lindo, sin contratiempos ni apuros, creciendo, au-

mentando, elevado por la prosperidad á las nubes.

Así se recorrió el camino del Once hasta Centro-América, buen camino y excelente recorrido. Muy mala pata, por cierto, trajo la nueva fábrica, porque en cuanto se puso la primera piedra, y desde la primera hasta la última, el paciente D. Paolo, no se sabe cómo ni por qué, ensayó sus primeros corcovos; ¡él, que en los varios años de atado al pesebre no había resoplado siquiera! Decía misia Gorgonia que «al hombre, como al caballo, no hay que cansarlo»; por lo cual, aparte las exigencias que ella creía ineludibles, en el arte de ser prudente no la ganaba la suegra de verdad más discreta, si las hay, y era tan larga, que jamás dijo palabra desentonada; de la fidelidad de Tecla cuidaba como de su propia lengua, é imponía respeto absoluto á los jóvenes y sumisión, porque si el caballo se cansaba y daba con todos en tierra, ¡muy buenas noches!

¿Cómo, pues, con tan sabia política, apa-

recieron en el hombre los fatales síntomas del cansancio, que en estas uniones de pega, no remachadas por la religión y la ley, signo son de rompimiento? Tembló misia Gorgonia sólo de pensar que la unión se rompía y que caían todos de cabeza en el despeñadero de lo desconocido: ella, con sus achaques; Concepción, dada á los demonios después de muerto Trujillo, con más acreedores que pretendientes; Tecla, en los treinta años y olvidada ya de la ciencia de embrujamiento; Parmenia, sin su pez gordo, y Marquitos, graduado de sinvergüenza antes que de abogado. Atizó, con los más altos consejos, el mortecino fuego de Tecla, siempre tibia para dar el vuelto al amoroso gringo, armó sus baterías de defensa y sus trampantojos con aquella listeza suya eximia, que en la galantería bonaerense tanta fama la dieron.

¿Pero, eran, de veras, síntomas de aburrimiento ó naciente despego los cambios de humor de Paolo Fiorelli? ¿De qué se alarmaba la Ulrria? Relámpagos de la concien-

cia, si acaso, suspiros de prisionero, ayes de condenado; nunca alardes de voluntad, en él ausente ó dormida ó de tal modo consagrada á su fábrica, que carecía de fuerzas para emplearse en otra cosa alguna.

—Cállate—decía á Tecla misia Gorgonia,—que si á tu lado no vigilara tu madre, con esa pachorra tuya y ese hielo, hace tiempo que esto se había acabado. Y si se acaba, prepárate á rodar como tu hermana Concepción, que por haberse emancipado de mí, anda siempre de la cuarta al pértigo. Yo noto en Fiorelli un cambiazto atroz, sorprendente... Esta mañana, en el almuerzo, no habló palabra... Lleva varios días torcido con Marquitos, sin duda de ver al muchacho cada día más torpe, más inútil, despreciando un amparo que ya echará de menos alguna vez... A Parmenia la negó ayer un palco en el Politeama. ¡Negarse él! ¿Cuándo se ha negado á nada, si es como un perro de estos grandones, que parecen á comerse á todo Cristo, y de todos se dejan palmear el lomo? Vete con palmadi-

tas á Fiorelli, tal como está. ¡Dichosa fábrica nueva! Con tanto gasto y mudanza... ¡ay! no se acaba con los gastos. Ella, la fábrica nueva, es la que nos ha mudado á nuestro hombre.

De aquel hermano de Italia pocas veces les había hablado D. Paolo. Diríase que el caro nombre de Hugo no quería pronunciarlo en el extraño hogar que su debilidad había formado y en el que jamás debía penetrar, porque la moral lo vedaba. No obstante, conforme iban creciendo las paredes de la nueva fábrica y obscureciéndose su humor taciturno, se dejaba llevar con más espontaneidad al tema del hermano, «cuyo porvenir en Buenos Aires sería tan brillante...» ¡Un muchacho de veintidós años, hermoso como un querubín, listo como el rayo, vegetando allá en la aldea, al lado de un tío cura, machacón é inaguantable!

—Pues, mándele usted venir—insinuaba la Ulrria con calor;—eso le alegrará el ánimo. Aquí, interesado en su fá-

brica, con su consejo y su ejemplo, ¡figúrese usted qué carrera le espera! Algo más sacará de su generosa protección que este haragán de Marquitos, que no parece por su despacho así le maten, y sirve más para estorbo que para alivio de ese buen señor Landín.

En el famoso salón desierto, impregnado aún de sospechosos aromas, templo abandonado de la madre Venus, D. Paolo, junto al piano de Teodomiro, en el que Parmenia esforzábese por mostrar sus escasos adelantos musicales, negaba con la cabeza, súbitamente ceñudo y malhumorado.

—Sí, Fiorelli—agregaba Tecla, mimosa;—mándale venir. ¡Estará aquí tan bien!

—¡Aquí!

Y miró en derredor, coloreadas las mejillas por repentina invasión de la sangre...

Un día, más comunicativo, les enseñó el último retrato, y hubo gritos de admiración, tan apuesto era el mancebo. Misia Gorgonia, apretando el resorte que sabía

producir más dulce sonido, le floreó con los más bonitos motes del repertorio, y no se quedaron cortas las muchachas en sahumarlo abundantemente. Orgullosa, dijo D. Paolo que le mandaría venir «cuando se terminara la fábrica».

Tal estaba el hombre de indeciso y á tan extraño trabajo interior sometido, que cien veces sobre este acuerdo podía volver, y volvió en efecto, declarando otras ciento que no vendría, que no le dejaría venir, porque... En esto de las razones se paraba, y uno á uno miraba á todos, con singular expresión y mortificante. Y como á las mujeres se las daba una higa que el caballero Hugo viniera luego ó se estuviera con su tío cura, que así los partiera un rayo á los dos, se cuidaban poco de remover el asunto, sino era para seguir le á don Paolo el humor, que de ello hacían particular estudio, siguiendo los sabios consejos de su maestra misia Gorgonia.

Así, como araña que teje la red de su provecho, cada una de ellas envolvió con

hipocresía á D. Paolo en mentiras, engaños y falsedades, y llegó el día que don Paolo no supo de fijo quién de los cuatro (porque Marquitos no las iba en zaga á las mujeres) decía verdad. Y ocurrió que el hombre se abroncó más de la cuenta, y la situación, prendida con alfileres, pareció tan comprometida, que la Ulrria no pasaba bocado en paz.

Afortunadamente, se terminó el edificio de la nueva fábrica, y cuando la banda de los Ulrrias creía recibir los pasaportes en toda regla, vieron que entraba por sus puertas D. Paolo, menos triste que de costumbre y con dejos de sonrisa, oyéronle decir:

—Mañana *nos mudamos* á la calle de Centro-América. Ya está todo listo, y no falta ni un clavo. Cada cual escogerá su habitación... dejando una buena, por supuesto, para Hugo, que vendrá pronto. Y se llevan ustedes el perro, el gato y la cotorra, que para todos hay cabida.

—¿Ves, mamá?—decía luego Tecla á

su madre;—¿ves cómo es de los que ladran y no muerden? Acostumbrado á mí, de mí no puede soltarse, y no soltándose de mí, tampoco de vosotros, que apretáis el nudo de lo lindo.

—Qué sé yo—contestó la dama tragando saliva;—creía conocer á esta clase de hombres, pero con éste no sé ya á qué carta quedarme. Por lo pronto, á mudarse tocan. Hoy mismo le planto el primer carro en la puerta, no haga el diablo que se arrepienta. Y mientras dura, vida y dulzura.

La mudanza é instalación se llevaron á efecto sin contratiempo alguno, mostrándose D. Paolo contento y hasta espléndido; pues, por satisfacer caprichos de decorado que armonizaran con el menaje, abrió la bolsa, tan ancha como en los primeros tiempos, y de ella, con el oro, se vertió la alegría.

Después de la mudanza, suceso feliz y trascendental, apareció, cuando no se le esperaba, tantas veces se había anunciado y desmentido su llegada, el *bambino* de Ita-

lia, el hermano Hugo, que resultó tal cual lo pintaban y aun mejor, porque á guapo y gracia varonil y á desenvoltura, el mismo Marquitos, que presumía de barbilindo, no le ganaba, antes perdía vergonzosamente en la comparación. No produjo su entrada triunfal, del brazo del alborozado Fiorelli, al principio, ni frío ni calor; calor en la apariencia; de falsa bienvenida, de risa de ver el desparpajo con que ensayaba el mal aprendido castellano... Luego, la comezón del temor, ante el extraño que viene á compartir intimidades y en los entretelones de la vida cotidiana á colarse indiscreto; el miedo de la situación engañosa, la ansiedad por saber si sabía ó no sabía; el fingimiento, las ojeadas discretas, los codazos de alerta.

Como saber, diríase que no, que no sabía nada. A misia Gorgonia la había besado la mano con rendimiento digno de un caballero ante una gran dama; á Tecla la abrazó fraternalmente, y para Parmenia y Marquitos escogió las palabras de admira-

ción y de amistad que pudo hallar en su escaso vocabulario. No, seguramente, no sabía nada.

Con esto, mal que bien, la vida común de tan heterogénea masa familiar comenzó sin pena ni gloria, y fuera más llevadera, tan buena maña se daban los Ulrrias en identificarse con el recién venido, si el humor de D. Paolo, bruscamente, no sufriera nuevo eclipse. Imaginaba la vigilante misia Gorgonia que sin la preocupación del ausente, iba *nuestro hombre* á componer la máquina de su carácter; pero, pasados los primeros días de la novedad, se ensombreció más, con nubarrones de tormenta, que sobre la casa amenazaban reventar de un momento á otro, y de los que parecía símbolo el obscuro, retorcido y altísimo penacho de la humeante chimenea.

Salía una tarde de su despacho D. Benigno Landín... Llevaba D. Benigno el clásico levitín de todos conocido: el mismo que trajo de Burgos, su patria, en la emigración; el mismo de sus bodas con la her-

mosa enterriana; el mismo del bautizo de Luisa y del entierro de su mujer; el mismo que de tinte en tinte, de remiendo en zurcido, de año en año, había venido á tomar un color, que no era de mosca ni de cucaracha, propiamente, aunque de entrambos tenía, y lastimoso aspecto de decente pobreza; el mismo que con lluvia ó con sol, con calor ó con frío, ya luciendo el atornasolado brillo, ya debajo de un gabán pardo, hermano de pila suyo, gastó siempre el maestro, y trazas mostraba de gastarlo hasta después de muerto. En la cabeza, el poco limpio sombrerete, de forma reñida con la moda, y en la mano un rollo de papeles, apuntes, sin duda, de su obra monumental *Granos y gorgojos del idioma nacional*, que hacía años preparaba, y el ejemplar de la Gramática de la Academia, sobado, grasiento, comidos los extremos de las hojas por el hurgar constante de los dedos febriles; ejemplar que era á modo de disciplinas, porque lo levantaba en alto y lo sacudía, y parecía querer cas-

tigar con él al que, delante de su respetable autoridad, cometía pecado de leso purismo, lastimando sus orejas de castellano viejo con la endemoniada jerga, con la espúrea mescolanza lingüística de que tanto abominaba.

Salía, pues, mi D. Benigno de la fábrica, concluído su trabajo, y salía de prisa, porque eran las seis de la tarde, y á las seis y media tenía que despachar una lección allá, por la plaza de Lavalle, y aunque sus pierneillas estaban hechas á prueba de caminata, ni andando á vapor llegaba en media hora adonde llegar quería con la exactitud matemática de costumbre. No se paró, como otras veces, á admirar la bonita fachada del flamante edificio, esmaltada toda de baldosines rojos, sino que enfiló hacia la verja... pero, hubo de pararse á admirar algo, que valía más que la fachada, y era la lindísima figura de Parmenia Ulrria, en el propio momento de subir al coche con su señora madre para la inútil pesca de Palermo. ¡Qué gracia de morena, qué ojos

de mirar aterciopelado, qué fruncir tan picante de los labios, qué manera tan provocativa de recogerse la vaporosa falda de primavera, ciñéndola al cuerpo de suerte que toda curva adquiriese relieve!

Oyó, al mismo tiempo, voces D. Benigno, y curioso de suyo, levantó la cabeza y luego el sombrerete de sobre la calva. En dos ventanas contiguas del principal estaban Tecla y Hugo Fiorelli y Marquitos; Marquitos solo, los otros juntos, y de las ventanas al coche y del coche á las ventanas subieron y bajaron palabritas, ojeadas y risas, mientras el negro penacho de la desmesurada chimenea, retorciéndose sobre la casa, la envolvía en sombra de duelo y de tristeza.

Y dijo D. Benigno:

—¿Ya?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

33656